

ARIEL EN LOS ALBORES DEL SIGLO XX MEXICANO

ERNESTO SÁNCHEZ PINEDA

ORCID.ORG/0000-0002-5423-6452

Universidad de Guanajuato

netaz16@hotmail.com

Abstract: *This article outlines how José Enrique Rodó's (1871-1917) Ariel (1900) was received during the first years of the 20th century in Mexico, as well as its impacts on Mexican youth, especially in the previous years before the group of the Ateneo de la Juventud is consolidated in 1909. From the point of view of the historiography, the first approaches to this text are reviewed by both literary critics and Latin American thinkers, which leads the way towards understanding why the Ariel becomes a symbol of the idealist contemporary renaissance and, at the same time, is presented as a justification to anointing them as intellectuals.*

KEYWORDS: ATENEO; RODÓ; INTELLECTUAL NETS; YOUTH; AMERICA

RECEPTION: 16/01/2019

ACCEPTANCE: 27/07/2020

ARIEL EN LOS ALBORES DEL SIGLO XX MEXICANO

ERNESTO SÁNCHEZ PINEDA

ORCID.ORG/0000-0002-5423-6452

Universidad de Guanajuato

netaz16@hotmail.com

Resumen: Este artículo presenta un esbozo sobre cómo se recibió *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó (1871-1917) durante los primeros años del siglo xx en México, así como el alcance de su impacto en la juventud mexicana, especialmente en los años previos a que se formara el grupo del Ateneo de la Juventud en 1909. Desde la historiografía, se revisan los primeros acercamientos que hicieron a este texto tanto los críticos literarios como los pensadores latinoamericanos, lo que da pauta para entender por qué *Ariel* se convierte en un símbolo del renacimiento idealista contemporáneo y, al mismo tiempo, se presenta como una justificación para ungielos como intelectuales.

PALABRAS CLAVE: ATENEO; RODÓ; REDES INTELECTUALES; JUVENTUD; AMÉRICA

RECEPCIÓN: 16/01/2019

ACEPTACIÓN: 27/07/2020

Al iniciar el siglo xx, una nueva forma de pensar comenzó a manifestarse por medio de la pluma de varios escritores y literatos latinoamericanos, quienes veían en sus países una posibilidad de grandeza y éxito que, a fuerzas de ser ignorada por sus propios gobiernos o truncada por los extranjeros (principalmente, por Estados Unidos), había que perseguir. La unidad y fuerza de las naciones latinoamericanas y el concepto de *panlatinismo* se manifestaron en una pluralidad de voces que pronto se identificaron como guías, maestros o, incluso, apóstoles de la intelectualidad del momento.

La idea de unidad y fraternidad entre países hispanoamericanos impregnó muchos de los discursos del momento. Entonces, el concepto de *nosotros* ya no sólo definía a los integrantes de un país, sino que se convirtió en algo más abarcador, más incluyente, un recurso de unión,

[...] que parte de ciertos elementos culturales a los que considera como propios, supone una definición del hombre americano por afirmación. Sus desarrollos más amplios tienen origen en aquellas ideologías a las que podemos denominar en general como “americanistas” y el “hispanoamericanismo”, todas las cuales se extienden desde los albores del siglo xix y cobran mayor fuerza alrededor del 1900. El desarrollo de todas ellas ha tenido un curso de signos diferentes a lo largo de gran parte del siglo xx, sirviendo como recurso liberador en algunos contextos o convirtiéndose también en instrumentos opresivos en otros. (Carreras, 2006: 75)

Figuras como la de José Martí, Rubén Darío, Roque Sáenz Peña y Manuel Ugarte entablaron una discusión en torno a la presencia y amenaza del país del norte. Las diferentes propuestas se escribían bajo un mismo tono que era definido por el clima político y cultural del momento. Lo que queda claro es que hay un cuestionamiento del *statu quo*, no sólo de la política, sino también de las costumbres, la cultura y la vida social en general. Este hecho se refleja en el cuestionamiento de una moralidad “fija” y un replanteamiento de la misma desde un punto de vista pragmático. Lo moral será un espacio de renovación intelectual y de posicionamiento cultural. Lo anterior provocó que surgieran “textos y discursos que, siendo ‘literarios’ o muy cercanos a la expresión literaria [constituirían] textualidades de la misma relevancia que

las formas literarias canónicas como expresión de un sistema cultural y su vinculación al proceso de la historia de las ideas” (König, 2008: 81).

Tal vez por ello no es extraño encontrar que varios escritores coincidieran al emplear recursos similares en sus escritos. Por ejemplo, Próspero, Calibán y Ariel, los personajes principales que William Shakespeare creó para su obra titulada *La tempestad*, serán utilizados de manera constante, aunque con matices diferentes, durante la época (cfr. Sánchez Pineda, 2018: 133-154). Irmtrud König explica: “en las letras latinoamericanas las figuras de Ariel y Calibán han tenido una presencia recurrente, aunque cambiante en su valoración como símbolos de identidad, de acuerdo con las diferentes lecturas y contextos históricos”. Quizá por eso “se trata de figuras o símbolos que hoy por hoy tienen un arraigo sólido en el imaginario colectivo latinoamericano” (König, 2008: 92).

Sobre los hispanohablantes que recurren a la obra shakespeariana, Fernando Curiel apunta que “le clavan el diente, para gustarlo del todo o a medias”, autores como Leopoldo Alas “Clarín”, Pedro Henríquez Ureña, Miguel de Unamuno, Francisco García Calderón, Rafael Altamira y Crevea, Alfonso Reyes, Luis Ruiz Contreras y Alcides Arguedas, y sigue con “Lista interminable porque funde camadas de aquí y allá: modernistas hispanoamericanos, novetayochoístas españoles, ateneístas mexicanos. Hispanoamérica y/o Latinoamérica concitadas en un solo texto” (Curiel, 2000: x-xi). Este fenómeno tiene tal repercusión que, todavía en 1924, uno de los ateneístas por asociación, Carlos Díaz Duffo Jr., se acercaba al tema con un diálogo —género cultivado por varios de sus compañeros— entre Ariel y Calibán, publicado en *Conozca Ud. a México*, donde revelaba “su profundo desencanto vital” (Espejo, 2009: 6).

Ahora bien, de todos aquellos que utilizaron a los personajes shakespearianos, uno de los ejemplos más evidentes y con mayores repercusiones en el ámbito mexicano es *Ariel* (1900), de José Enrique Rodó, el cual se publica, motivado por los cambios históricos, precisamente en el vértice del cambio de siglo. El texto del uruguayo también resultará uno de los textos más significativos para el grupo de jóvenes mexicanos que se insertaron en esos tiempos convulsos (cfr. Rosado, 2005: 209), pues sirvió tanto de asidero como de guía ideológica y moral, gracias a una actualidad que no ha mermado, pues, como refiere Leopoldo Zea, “un siglo después, [dentro] el pensamiento filosófico

de destacados exponentes de la inteligencia americana, de la región que José Martí llamó ‘Nuestra América’, se presenta como una extraordinaria profecía respecto de nuestro tiempo” (Zea, 2002: 5).¹

Este artículo revisa la recepción de *Ariel* en México en los albores del siglo xx, antes de que un grupo selecto de jóvenes se constituyera como el Ateneo de la Juventud en 1909, al tiempo que hace una interpretación sobre el impacto que tuvo en las propuestas ideológicas de éstos. En este sentido, el presente texto se inscribe en el área que otros investigadores, como Raffaele Cesana y Leonardo Martínez Carrizales, ya han tratado. Por un lado, Cesana desarrolló una tesis doctoral que versa sobre la presencia de *José Enrique Rodó en México* (2016) y, derivados de esta tesis, publicó un par de artículos en *Latinoamérica: Revista de Estudios Latinoamericanos*: “José Enrique Rodó en la *Revista Moderna de México*” (2018) y “El papel de los Henríquez Ureña en la difusión de *Ariel* en República Dominicana, Cuba y México” (2019). En su investigación de doctorado, Cesana hace una propuesta biográfica del uruguayo; establece vínculos —en su mayoría, primeros contactos— con algunas figuras literarias mexicanas por medio de la correspondencia encontrada en el archivo rodoniano, y, por último, hace un trabajo interpretativo mediado por las publicaciones hechas en México. Los artículos que se desprenden de esta primera investigación abonan en datos y precisiones sobre temas más específicos. Por otro lado, Leonardo Martínez Carrizales establece relaciones entre el positivismo y el arielismo en la primera década del siglo xx en dos artículos que arrojan luz sobre la recepción de este escrito en México: “La presencia de José Enrique Rodó en las vísperas de la Revolución mexicana” (2010) y “La pedagogía de las emociones. Jules Payot y José Enrique Rodó en la Escuela Nacional Preparatoria de México” (2018).

Aunque me apoyo constantemente en estos textos, el presente acercamiento trata de completar recovecos no apuntados por estos investigadores, o de hacer

1 Sin embargo, su vigencia también ha sido puesta en cuestión —o, más bien, matizada—, por ejemplo, por Roberto Fernández Retamar, más de media centuria después, en su ensayo *Calibán*, donde este personaje representa a la cultura latinoamericana de corte socialista. Sobre ello habla Abelardo Villegas en el prólogo que hace a la obra de Rodó y Fernández Retamar (1982: 1-8).

nuevos señalamientos interpretativos, con la finalidad de que, en próximas aproximaciones, el investigador o el curioso encuentre más herramientas con qué analizar el tema. Aprovecho, además, la noción del chileno Eduardo Devés-Valdés, utilizada también por Cesana, para describir las redes intelectuales:

[...] conjunto de personas ocupadas en los quehaceres del intelecto que se contactan, se conocen, intercambian trabajos, se escriben, elaboran en ocasiones proyectos comunes, mejores los canales de comunicación y, sobre todo, establecen lazos de confianza. No hay redes proyectivas si no es sobre la base de la confianza recíproca. (2007: 218)

Sólo que trato de ir un poco más allá de las primeras impresiones de las cartas y los títulos obvios rescatados de las publicaciones por Cesana, pues, más que restringir la mirada, busco ampliar esa primera y superficial propuesta de red rodoniana con un estudio historiográfico más preciso. En este sentido, sigo la propuesta que Alexandra Pita ha ido desarrollando en torno a la noción de *redes intelectuales*. Para la investigadora, también es indispensable la propuesta de Devés-Valdés, pero cuestiona sus alcances, pues “[p]arece evidente que debe existir un interés para que una persona busque establecer un lazo, vínculo o relación, pero no necesariamente este conlleva confianza, solidaridad de manera recíproca y homogénea al interior de una red” (2017: 11); por ello, parte “de la idea inicial de que las redes no pueden ser analizadas como composiciones homogéneas, aunque se encuentren relacionadas en torno a una o varias figuras intelectuales (ego o multicéntricas), ni muchos menos que son estáticas, porque se modifican de manera permanente como parte de un complejo juego de relaciones de poder” (2016: 44). Por ello, este estudio no se postula como definitivo ni acotador, sino que, más bien, pretende ilustrar los alcances de esta red intelectual en particular.

Este acercamiento me parece el adecuado porque, hacia finales del siglo xix, la comunicación entre las naciones latinoamericanas, así como con el viejo continente, tenía una velocidad que pocas veces se reconoce. Este flujo comunicativo fomentaba el establecimiento de redes y la divulgación de ideas, pero también fortalecía la continuidad de estas. Para Pita, esto permite configurar otra pertenencia: una territorial, “donde se desdibujan las nacionalidades para adquirir un sentido internacional, asociado o legitimado en ocasiones con el humanismo como pensamiento homogeneizante” (2017: 48), y donde las

revistas y periódicos se vuelve primordiales como espacios de congregación y enunciación de ideas y posturas (2017: 29).

Ahora bien, también hay que distinguir la propuesta de Rodó respecto a otras que confluyen en la misma época, de autores tanto peninsulares como americanos, pues, mientras los primeros se enfocan en defender un hispanismo y los segundos en enaltecer un criollismo, Rodó, “en la senda de Darío y contra las prevenciones respecto de las ‘galomanías’ modernistas, autoriza la literatura latinoamericana en un cosmopolitismo crítico y selectivo como índice de modernidad y descolonización respecto de la literatura peninsular” (Bonfiglio, 2011: 1). Esta visión ya se entrevé desde la participación de Rodó en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* (la cual fundó en 1895, junto a Víctor Pérez y los hermanos Vigil), pues ahí, como señala la investigadora Florencia Bonfiglio, sus artículos ya presentan preocupaciones bastante marcadas: “los alcances del Modernismo y la definición de un Americanismo desde el cual ejercer la asimilación de la literatura extranjera” (2011: 2). Además, la publicación “logró la coexistencia de aspectos heterogéneos: los argumentos positivistas con los dogmas espiritualistas, un cierto latinomericanismo que tenía su raíz en el ejemplo de *El Iniciador* de 1838, con las primeras expresiones del modernismo” (Cesana, 2016: 50). Del mismo modo, este espacio alentó a Rodó a establecer los primeros contactos de una red intelectual que, con el tiempo, se fue nutriendo y expandiendo a otros países. Como apunta Raffaele Cesana:

El hábito de escribir cartas y de dialogar gracias a ellas con amigos y colegas será una constante de toda su vida: eso dio modo al ensayista montevideano de desarrollar una excelente labor como promotor de sus obras y divulgador de sus ideas. Durante el periodo de 1896-1900 el tejido de su correspondencia abarcaba proporciones sorprendentes: Rodó tenía ya una relación epistolar, entre otros, con Rafael Altamira, Baldomero Sanín Cano, Luis Ruiz Contreras, Leopoldo Alas “Clarín”, Rubén Darío, Antonio Rubio y Lluch, Manuel Ugarte y Miguel de Unamuno. Desde México, en los mismos años, las misivas de Francisco Medina, redactor de la revista *Bohemia Sinaloense*, no ahorran las manifestaciones de encomio. (2016: 51)

Entre estas relaciones —que, en principio, tienen calidad de promoción personal—, destaca la que el uruguayo estableció con Rafael Altamira. El

español, en una misiva publicada en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, en 1897, muestra el mecanismo, basado en el intercambio de correspondencia y la publicación constante en revistas o periódicos literarios, que había desplegado Rodó para dar a conocer sus textos, pero que era moneda corriente en la época:

Muy distinguido señor mío: tengo que agradecer a usted vivamente el obsequio que me hace con su folleto “La Vida Nueva”, y la amabilidad de la dedicatoria que se ha servido escribir en él. Nada puede serme más grato. Hace años que por diferentes medios trabajo para estrechar las relaciones literarias entre los hispano-americanos y los españoles. Utilicé a este propósito, algún tiempo, el diario republicano de Madrid *La Justicia*, luego el *Boletín de la Institución libre de Enseñanza*, y para lo mismo he fundado y sostengo, mi *Revista Crítica*.

Con usted particularmente, y con sus compañeros de esa capital, deseaba mucho ponerme al habla. —Mi amigo Leopoldo Alas me había puesto en antecedentes respecto de usted, antes de que yo directamente conociese algo de su obra literaria. Ahora después de leer *La Vida Nueva*, confirmo el juicio de *Clarín* y el que yo mismo, por otros datos, había podido formar con aplicación colectiva al grupo de los jóvenes uruguayos.

[...] Deseo que esta carta sea el comienzo de una relación intelectual estrecha entre nosotros. Pido de Ud. y de sus compañeros para mi *Revista*. [...] necesario para que sea, cada vez más, un órgano central de comunicación entre los literatos y eruditos de ambos continentes. (Altamira, 1897: 179)

Esta misiva se suma a otras que se publicaron en el mismo espacio, de las cuales destacan la de Salvador Rueda, Juan Zorrilla de San Martín, Pierre Ville y José L. Gomensoro.² Además, la carta evidencia dos hechos: primero, que la red que Rodó estaba tratando de construir no se limitaba a los primeros contactos, aunque éstos fueran indispensables, sino que se expandía con la

2 Estas cartas están para consulta pública en un portal que testimonia el interés de los estudiosos por el autor uruguayo y su obra. El sitio proporciona fragmentos de su obra, bibliografía crítica, imágenes, documentos, etc. Para cualquiera que se interese en el tema de la obra rodoniana es un gran punto de partida: Biblioteca Digital de Autores Uruguayos. En línea.

certeza que daba la calidad de su escritura, como prueban los comentarios que atribuye a Clarín; segundo, que las revistas y periódicos eran los espacios propicios y más fértiles para fomentar los vínculos intelectuales.

Del archivo rodoniano, Raffaele Cesana rescata algunas de las epístolas de Rodó con algunos intelectuales mexicanos o lugares de publicación: Porfirio Parra, Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Agustín Aragón, Severo Amador, Bernardo Reyes, Antonio Caso, Jesús T. Acevedo, Max Henríquez Ureña, Justo Sierra, *Revista Moderna*, Enrique González Martínez, Félix Martínez Dolz, Salvador Díaz Mirón, Escuela Nacional Preparatoria (Cesana, 2016: 87). Como se puede apreciar, de la nómina que Cesana menciona, la mayoría son figuras del Ateneo de la Juventud o cercanas al grupo. Ahora bien, Luis G. Urbina, según este rastreo, es el primero con el que el uruguayo trata de entablar contacto, en 1897 —lo cual es significativo, pues Urbina formó parte del grupo del Ateneo de la Juventud, aunque fuera considerado como una figura tutelar por muchos de sus integrantes—; no obstante, la única respuesta de éste con la que se cuenta data de 17 años más tarde (Cesana, 2016: 95). Por su lado, las cartas intercambiadas con Francisco Medina dan cuenta de un interés y una presencia en el panorama literario mexicano antes del cambio de siglo, primero en la *Flor de Lis*, de Guadalajara, y después en la *Bohemia Sinaloense* que Medina dirigía. A esto se agregan las dos menciones que Cesana registra en su estudio hemerográfico: una de 1898, en la *Revista Latino-Americana*, que se refería a “La novela nueva, de José Enrique Rodó”, y otra de 1899, en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, consistente en un pequeño comentario al vuelo emitido por José Juan Tablada sobre *La vida nueva* (Cesana, 2016: 98 y 145-146). El investigador obvia una referencia anterior, de febrero de 1898, en *Revista Latino-Americana*, donde se reproduce un extracto de *El que vendrá* (Rodó, 20 de febrero de 1898: 4-5), lo que indica que los dos opúsculos previos a *Ariel* habían encontrado lectores en el ambiente mexicano antes de que cerrara el siglo XIX.

El Contemporáneo, periódico potosino, al constatar su posición como miembro del jurado del primer certamen literario “La Alborada” —al que convocaba la dirección de la revista homóloga, en Montevideo—, da cuenta de que la relevancia del uruguayo había crecido considerablemente en los últimos años. La convocatoria lanzada el 21 de abril de 1900 iba dirigida a cualquier cuentista de Hispanoamérica. Rodó sería jurado junto con Javier de Viana y Eduardo Ferreira.

Ahora, específicamente sobre *Ariel*, García Morales encuentra que Rafael Altamira reseña la obra del uruguayo durante su mismo año de publicación en la *Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispanoamericanas*. Sin embargo, García Morales también apunta que en el panorama mexicano “A juzgar por la *Revista Moderna*, José Enrique Rodó era prácticamente desconocido en México antes de 1907” (García Morales, 1992: 119). Declaración significativa, tomando en cuenta que la *Revista Moderna* se puede considerar, por su presencia, nómina y alcance, la de mayor importancia en la primera década del siglo xx. García Morales registra que, hasta 1907, no se publica “nada de él ni sobre él, sólo se citan dos de sus obras en las notas bibliográficas que realizaba José Juan Tablada”;³ por su lado, Carlos Real de Azua confronta, desde la información epistolar del uruguayo, que, para 1903, ni siquiera se leía en México y que un personaje como Enrique González Martínez lo desconoce incluso para 1907 (cf. García Morales, 1992: 119). Por su parte, Cesana indica: “Desde la primera publicación montevideana de *Ariel* en 1900, hasta la llegada de Pedro Henríquez Ureña a la capital de la República en abril de 1906, la presencia de Rodó en revistas y periódicos mexicanos resulta escasa” (2016: 147).

En efecto, y como apunta Cesana, la presencia de Rodó en México a principios del siglo xx es mínima, aunque no por ello poco significativa. Todos los investigadores obvian, acaso por tratarse de una revista mexicana en la que pocos han puesto atención, el texto de Rafael Altamira publicado en la *Revista Positiva* en abril de 1901, y titulado “Latinos y anglosajones”. El editor de *Revista Positiva* advierte a pie de página: “De la obra del inteligente catedrático de la Universidad de Oviedo (España) D. Rafael Altamira, intitulada ‘Cuestiones hispano-americanas’ tomamos este artículo que forma el capítulo iv del libro, y cuyo conocimiento es de importancia para todo lector reflexivo”.

3 Las notas son las siguientes: José Juan Tablada, “Notas Literarias y Artísticas”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año II, núm. 5, mayo 1899, p. 160; sobre Ariel, en “Notas bibliográficas”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año IV, núm. 6, segunda quincena de marzo, 1901, pp. 101-102. En esta última sólo registra que es un libro que ha llegado, no que lo ha leído.

En este artículo, Altamira prueba la existencia de una opinión contraria a la de Estados Unidos en Hispanoamérica, presente en obras como la de Rodó y la de Víctor Arreguine, *En qué consiste la superioridad de los latinos sobre los anglosajones* (1900). Altamira considera que la obra rodoniana se aproxima a cuestiones que han calado, de una u otra forma, en la concepción que se ha formado sobre la figura del intelectual en la historia, pero también al espíritu clásico que se desprende de la cultura occidental europea y que ha repercutido de manera considerable en las naciones que, en el siglo XIX, se fueron conformando en América, pues, justamente, *Ariel* refleja ese lazo entre la cultura clásica y las nuevas reflexiones latinoamericanas. Del mismo modo, el escritor español considera lo siguiente:

Como obra de arte, no creo equivocarme al decir que *Ariel* está cien codos sobre muchas producciones modernas de la literatura americana, y que es preciso recordar aquí a Valera, a Leopoldo Alas y Menéndez Pelayo en ciertos estudios, para hallarle superiores. La solemne elocuencia, que no cae jamás en afectación; la sobriedad viril que no daña, antes realza la vivacidad de la pintura; la elegancia majestuosa de las comparaciones y de los finales de período; la penetrante seriedad de la idea, que asoma constantemente, sin fatiga para el que lee, por bajo de la forma retórica, comunicándole una nobleza simpática y avallasante; la honda y bien sentada cultura que nunca se revela en inopurtas erudiciones, sino que acude siempre naturalmente, cuando hace falta, robusteciendo el vigor del razonamiento... (Altamira, abril de 1901: 139-140).

La mirada crítica de Altamira pondera ambas propuestas y se decanta, una y otra vez, por la rodoniana. El tono, el enfoque y las miradas prospectivas del uruguayo le parecen fundamentadas al tiempo que seductoras. Comprende, por ello, que Rodó apunte a un público joven, capaz de llevar a cabo cambios a un sistema que parece estancado: “Rodó, bajo la ficción de un discurso en que cierto venerable maestro se despide de sus discípulos, escribe un hermoso tratado de pedagogía aplicada, un precioso sermón laico a la juventud, que tiene todo el encanto y la trascendencia de los últimos Discursos de Fichte” (139), y continúa más adelante:

Ese Ariel que Rodó señala como tutor y guía de la juventud de su patria, oponiéndolo al utilitarismo sajón, es el nuestro; y colgados de su brazo debemos

emprender el camino de mañana, juntamente con aquellos a quienes Rodó se dirige, sobre los cuales podemos invocar, sin arrogancia ni pedantería, el suave imperio en el que las inteligencias ejerce la experiencia de una larga historia, de una tradición arraigada [...] y de cierta paternidad en que, al fin y al cabo, por mucho que hayan sido nuestros errores, pusimos carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. A la juventud española importa tanto como a la de América, leer y meditar el libro de Rodó. Aun la que está ya empapada en nuevos ideales —nuevos y viejos al propio tiempo— ganará con sentir sobre su alma el vivificante contacto de la atmósfera “de idealidad y orden, de noble inspiración en el pensamiento, de desinterés en moral; de buen gusto en arte, de heroísmo en la acción, de la delicadeza en las costumbres” que simboliza el luminoso genio shakespiriano evocado por Rodó. (141)

Este estudio, aunque de un autor español, cuenta como el primer acercamiento amplio a la obra de Rodó en un espacio literario mexicano, y tiene un valor mayor “precisamente por la decadencia actual” en la que se encontraba la humanidad (Altamira, abril de 1901: 141). Pero no sólo por eso, sino por la propia red intelectual que Altamira estableció con personajes centrales de la intelectualidad mexicana, principalmente con Justo Sierra y algunos miembros del Ateneo de la Juventud, como Luis G. Urbina, Alfonso Reyes, Jesús Urueta y Rafael López. Esto es evidente en la carta —reproducida en su integridad por Cesana (2016: 119)— que Pedro Henríquez Ureña manda a Rodó con fecha del 2 de febrero de 1910, donde el dominicano describe cómo Sierra ofrece una reunión familiar literaria en honor al visitante español, y donde destacan las intervenciones tanto de Urueta como de Sierra. Asimismo, el hecho de que el escrito de Altamira fuera publicado en la *Revista Positiva* también es bastante relevante, pues “en las revistas culturales, como lugares de contextos de enunciación, puede verse cómo los intelectuales cumplen con la difusión de las ideas sumando la labor de editores, autores, lectores, críticos y comités editoriales” (Pita, 2017: 49). En este sentido, la revista también es un nudo o núcleo de una red intelectual, de la cual son partícipes la mayoría de los intelectuales con ideología positivista en México. Sin embargo, esto no excluye o limita el impacto de este primer acercamiento a *Ariel* por parte de los lectores y colaboradores de ese espacio, pues las relaciones de éstos no estaban restringidas a la *Revista Positiva*. Alexandra Pita piensa que las fronteras entre redes intelectuales se encuentran en un juego constante de fuerzas

de asociación y oposición, lo cual ocasiona que la frontera entre ambas sea difusa, o bien, que éstas se comprendan como componentes de una red mayor (*cf.* Pita, 2017: 50). Lo que resulta evidente es que Porfirio Parra y Agustín Aragón, dos de los actores que Cesana registra en el intercambio epistolar con Rodó, tenían conocimiento del libro prácticamente desde que se publicó, pues el primero funge como un colaborador asiduo de la publicación mexicana, y el segundo, como su director.

Después de la intervención del intelectual español en *Revista Moderna*, Victoriano Salado Álvarez hace una pequeña alusión a la obra rodoniana cuando escribe sobre la poesía en el periodo industrial. Este pequeño guiño indica que, probablemente, conocía el escrito de 1900. Apunta el crítico: “El tiempo actual es de transición en materia de arte. Todavía no somos Ariel ni podemos dejar del todo la esencia de Calibán; ha llegado ya la primavera, pero aún no caen las hojas del otoño”. En total concordancia con sus opiniones sobre las nuevas tendencias poéticas de algunos modernistas y, sobre todo, del grupo decadentista, prosigue: “Esa indecisión, esa vaguedad, esa timidez, se echan de ver en los insignificantes tanteos con que se aventuran los artistas por los nuevos caminos, y en la resurrección de estilos, de formas y pensamientos olvidados” (Salado Álvarez, 1902: 170). Esto último se puede apreciar en un renovado interés en los clásicos, lo cual se va a manifestar, primero, en las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria y, después, en una de las facetas más emblemáticas del grupo ateneísta.

En 1904, *La Patria. Diario de México* publica, en su primera plana, un breve escrito de Rodó sobre la independencia del arte. El texto manifiesta la postura del uruguayo respecto a los creadores, quien, pese a comprender que éstos privilegien la forma, crítica su compromiso social. Lo reproduzco completo por ser la primera intervención directa del uruguayo que he encontrado en las publicaciones mexicanas:

Tengo una fe profunda en la eficacia social y civilizadora de la palabra de los poetas; pero creo, ante todo, en la libertad que Heine proclamó *irresponsable* de su genio y de su inspiración. Cuando escucho que se les exige, con amenazas de destierro, interesarse en las controversias, los afanes y las agitaciones de los hombres, recuerdo a Schiller narrando lo que sucedió a “Pegaso bajo el yugo”. El generoso alazán, vendido por el poeta indigente, es uncido, por groseras y mercenarias manos, a las faenas rústicas, símbolo de la vulgar utilidad y el

orden prosaico de la vida. El se revuelve primero, para sacudir el yugo que desconoce, y desmaya, después, de humillación y de dolor. En vano le castigan sus amos. Le desuncen, convencidos de la imposibilidad de dominarle, y le arrojan con desprecio como cosa inútil. ¡Pero el antiguo dueño, que vagaba triste como él, le encuentra un día en su camino, sube lleno de júbilo entre sus alas desmayadas, y entonces un estremecimiento nervioso recorre los flancos del corcel rebelde a la labor: se despliegan sus alas, sus pupilas flamean, y tiende el vuelo hacia la altura con el soberbio brío, con la infinita libertad de la inspiración levantada sobre las cosas de la tierra!

¡Hermoso símbolo de la soberana independencia del arte! Comprendiéndolo en su sentido profundo, dejemos al corcel alado la voluntariedad de sus vuelos, a la poesía a fuerza de su libertad; seamos siempre gratos al beneficio de sus dones divinos, y ya ella nos aparezca como deidad armada y luminosa en nuestras luchas, ya se retraiga en la dulce intimidad del sentimiento, ya extinga en sí la llama de la vida, como adurmiéndose sobre el lecho de mármol, y deje sólo en nuestro espíritu la “caricia helada” de la forma. (Rodó, 21 de julio de 1904: 1)

Ese mismo año, en la *Revista Moderna de México*, Miguel de Unamuno, al hablar de la obra del peruano Francisco García Calderón, hace una referencia directa a los alcances de la obra rodoniana. En su artículo “Literatura Hispano-americana”, el español declara: “La obra del meritísimo Rodó empieza a rendir frutos en América latina; los discípulos del admirable maestro uruguayo están realzando su labor. He aquí uno, el peruano García Calderón, que lleva a su trabajo la serena reflexión y la alta espiritualidad del maestro” (Unamuno, 1905: 220-221). Lo anterior reafirma que la obra rodoniana tenía tanto presencia como lectores en el ámbito hispanoamericano y, por lo tanto, en México.

Ahora bien, García Morales encuentra que el texto de Rodó ofrece una visión nueva para el conflicto entre las posturas idealistas y positivistas de finales del siglo xix y, por lo mismo, justifica el interés en su obra de personajes krausopositivistas, como Leopoldo Alas “Clarín” y Rafael Altamira. Del mismo modo, el investigador encuentra en este motivo el hecho de que la obra rodoniana se publicara por primera vez fuera de Uruguay, en “el círculo de normalistas dominicanos, seguidores del también krausopositivista Hostos” (García Morales, 1992: 122). De esta manera, también se podría justificar que los positivistas de corte liberal, formados en las aulas de la Escuela Nacional

Preparatoria de México y preocupados en reformular, de alguna manera, la visión pedagógica de la institución, se interesaran por su propuesta. Cabe recordar, para ello, que el krausopositivismo, más que decantarse por una ideología, era el “intento de conjugar filosóficamente dos opciones aparentemente opuestas, como el idealismo y el positivismo, con sus métodos respectivos: el especulativo (la razón) y el experimental (observación), superando el dualismo racionalista de la filosofía moderna” (Abellán García González, 1989: 408). La propuesta krausopositivista, en este sentido, busca una armonía en el pensamiento que apunte a un mejor desarrollo del intelecto y, por lo tanto, del humano en su sociedad. Este objetivo estaba en completa sintonía con la visión de los jóvenes mexicanos que se encontraban desencantados con los planes de estudios que parecían, en los albores del siglo xx, ya superados, pero también con una facción de profesores que se percataban de que era momento de un cambio (*cf.*: García Morales, 1992: 121; Rojas Garcidueñas, 1979: 32-35; Hernández Luna, 2000: 10-13, y Martínez Carrizales, 2018).

Esto, aunado al enfoque del discurso que propone dirigido “A la juventud de América”, podría explicar la simpatía y el apego con los que el grupo de ateneístas leyeron al escritor uruguayo. No es gratuito, para nada, que Rodó, un pensador que ya gozaba de cierto prestigio dentro de la red de escritores latinoamericanos dirigiera sus reflexiones hacia este grupo y no hacia sus pares. Desde las primeras líneas de su escrito, explica el porqué de este público: “Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada. Pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación” (Rodó, 1900: 24). Retomando las palabras de su maestro Renán, dice: “La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la Vida” (Rodó, 1900: 24).

Sin embargo, también carga sobre los hombros de los jóvenes una responsabilidad enorme, pues corresponde a ellos provocar el cambio que se necesita en la sociedad (*cf.*: Rodó, 1900: 27). Ahora bien, Rodó también utiliza el término *juventud* para definir a esta sociedad, pues, al igual que los individuos, las sociedades enfrentan un proceso evolutivo. Teniendo en cuenta que la mayoría de los países latinoamericanos encontraron su independencia en el transcurso del siglo xix, se les podría considerar jóvenes. En sus palabras: “La juventud, que así significa en el alma de los individuos y de las generaciones,

luz, amos, energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades. De los pueblos que sienten y consideran la vida como nosotros, serán siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir” (1900: 28).

El escritor uruguayo se dirige a la juventud porque percibe que ella tiene el potencial de construir algo nuevo; también porque considera que América está estancada en una visión añeja, que crea la necesidad de una relevación de fuerzas. Sin embargo, la propuesta no implica una ruptura sino una renovación: “La energía de vuestra palabra y vuestro ejemplo puede llegar hasta incorporar las fuerzas vivas del pasado a la obra del futuro” (1900: 38).

Por otro lado, al emparejar el espíritu de Ariel con la juventud, la inteligencia es lo que les permite distanciarse de aquellos a los que les corresponde guiar, pues esta cualidad, para Rodó, será la que permita poner en cause una civilización que va descarrilada. Rodó no establece la necesidad de que todos cambien, pues sabe de la imposibilidad que esto conlleva; más bien, propone dirigir la responsabilidad a aquellos privilegiados que pueden cultivarla, aquellos que pueden manipularla de tal forma que sirvan como pastores de este pueblo, como guías o punteros, por medio del ejemplo.

Sobre la inteligencia y el intelectual, Rodó abunda casi en la misma proporción que con el tema de la juventud. Desde las primeras líneas, discurre sobre la relación entre ambas, sobre todo, al distinguir las cualidades de Ariel sobre las de Calibán: “Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia”. Sobre esta última sigue: “el termino ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y torpeza, con el cincel perseverante de la vida” (Rodó, 1900: 22).

Propone, más que una volcadura ciega hacia los estudios, una ecuanimidad en la forma de vida, un despertar de la conciencia, pues encuentra que aquellos que gozan de una educación sirven a un sistema capitalista de manera infructífera, en tanto no plantean nada nuevo, o bien, se alejan tanto de la realidad por la línea libertina que sus propuestas se vuelven infértiles.

Para el uruguayo, este equilibrio es primordial, pues, si encuentra que antes la inteligencia estaba en completa relación con el ocio, concibe un doble filo en la vida moderna: el hecho de abandonarse a éste. Por eso insiste: “el principio fundamental de vuestro desenvolvimiento, vuestro lema en la vida,

deben ser mantener la integridad de vuestra condición humana. Ninguna función particular debe prevalecer jamás sobre esa finalidad suprema” (Rodó, 1900: 54). Y esa finalidad es la que va poner una zanja entre el vulgo y esa clase aristocrática formada en la inteligencia.

Ahora bien, a pesar de promover una aristocracia de la inteligencia, Rodó también trata el tema de la educación de una forma que se ajusta a las visiones —por lo menos las mexicanas— que se propagaban ya desde las plumas de algunos pedagogos de renombre y que la irán concretando, poco a poco, como laica y gratuita de manera constitucional en 1917. Sin embargo, el proceso fue lento, y comienza aunado al pensamiento liberal que se desprende de la independencia, y continúa con la reforma de Barreda y, más adelante, con Sierra y otros personajes en el timón de las instituciones de educación del país. Uno de los actores cruciales para esta transformación es Porfirio Parra, quien tomó la dirección de la Escuela Nacional Preparatoria en 1907 y promovió una “pedagogía centrada en el control de las emociones y el dominio de sí mismo se convirtió en la prioridad del plantel encargado de formar los intelectuales del régimen” (Martínez Carrizales, 2018: 29). Aquí, “la inflexión idealista se expresó plenamente en un objetivo que se convirtió en prioridad del sistema pedagógico hacia el periodo de exaltación de la Preparatoria bajo la conducción de Porfirio Parra: el desarrollo de una pedagogía consagrada a la formación del carácter y la rectificación de la conducta por obra de mecanismos artísticos, emotivos y sentimentales” (Martínez Carrizales, 2018: 32).

Esta visión era compartida por los jóvenes protoateneístas, y alcanzó sólo a los más pequeños del grupo (Reyes, por ejemplo) todavía cuando eran alumnos preparatorianos; sin embargo, la mayoría, para 1907, ya había egresado de esta institución y su relación con ella se modificó de alumnos a maestros o colaboradores. Por eso, no extraña que, además de apoyar el idealismo promulgado por Parra, estos jóvenes también encontraran en las palabras de Rodó una nueva forma de posicionarse respecto al tema de la educación pública,⁴ lo

4 En *Prolegómenos al Ateneo de la Juventud y la figura del intelectual moderno (1900-1909)*, hago un planteamiento de los distintos mecanismos que el grupo desplegó para insertarse en el ambiente cultural mexicano con una habilidad y rapidez que le garantizó a la mayoría de ellos el estatus de *intelectual* dentro del mismo (2018).

cual se concretará años adelante con su actividad en la Universidad Nacional y la Universidad Popular, pues no tardaron en responder a la arenga de *Ariel*. Ahí, donde Rodó es puntual:

La educación popular adquiere, considerada en relación a tal obra, como siempre que se la mira con el pensamiento del porvenir, un interés supremo. Es en la escuela, por cuyas manos procuramos que pase la dura arcilla de las muchedumbres, donde está la primera y más generosa manifestación de la equidad social, que se consagra para todos la accesibilidad del saber y de los medios más eficaces de superioridad. Ella debe complementar tan noble cometido, haciendo objetos de una educación preferente y cuidadosa el sentido del orden, la idea y la voluntad de la justicia, el sentido de las legítimas autoridades morales. (1900: 89-90)

En *Ariel*, Rodó apuesta —como lo hizo Parra más tarde— por una línea de pensamiento práctica que se rigiera por la moral: “a medida que la humanidad avance, se concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta. Se huirá del mal y del error como de una disonancia; se buscará lo bueno como el placer de una armonía” (Rodó, 1900: 60). La ideología rectora propuesta en la Escuela Nacional Preparatoria gracias a Parra “suponía la formación de un hombre nuevo, piedra de toque de una nueva sociedad, tal y como quedó inscrito en las fuentes enciclopedistas e ilustradas de esta ideología” (Martínez Carrizales, 2018: 34).

Ahora bien, la visión krausopositivista también se decantaba por una visión *institucionista* que sentó las bases para los proyectos de los jóvenes ateneístas en la segunda década del siglo xx, los cuales marcaron la pauta para el desarrollo y la consolidación de la institución mexicana durante toda la centuria. José Luis Abellán apunta que los rasgos filosóficos principales del krausopositivismo son los que dan el fundamento doctrinal a la Institución Libre de Enseñanza, donde se hermana la visión ética del krausismo y los postulados científicos del positivismo:

Es precisamente esto lo que debe entenderse por “institucionismo” palabra que se suele emplear sin más contenido concreto que el de “espíritu de la Institución Libre de Enseñanza”, sin caer en cuenta del fundamento filosófico que bajo la misma se anida. Para nosotros “institucionismo” es krauso-positivismo e

“institucionista” no es sólo miembro de la Institución, sino un adepto a dicha filosofía. (1989: 409)

Los planteamientos de Leonardo Martínez Carrizales sobre una renovación ideológica en la Escuela Nacional Preparatoria arrojan luz sobre el papel que tuvieron los actores clave para el cambio. En una primera instancia enfocados en aquellos, como Porfirio Parra, que seguían una postura liberal que se formuló desde finales del siglo XIX y, después, que los jóvenes ateneístas fueron haciendo propia al tiempo que, poco a poco, tomaron posesión de esta institución educativa. El investigador anota:

En las aulas del antiguo Colegio de San Idelfonso se habían suscitado, casi desde la fundación del establecimiento de enseñanza secundaria de la república liberal, debates intelectuales que propiciaron la transformación del positivismo como disciplina del conocimiento. Cuando los educadores del Ateneo de la Juventud se hicieron cargo de la Preparatoria con el fin de convertirla en el eje de reforma de la enseñanza pública que daría paso a la Universidad Nacional en 1910, el positivismo se había convertido ya en una estructura del conocimiento muy flexible que daba cabida a las Humanidades. (Martínez Carrizales, 2010: 52)

Ahora bien, como Susana Quintanilla, Raffaele Cesana registra la importancia de Pedro Henríquez Ureña como lector de *Ariel*. Cesana ha hecho un estudio que da cuenta de los pormenores que los hermanos Henríquez Ureña tuvieron en las diferentes ediciones hechas en República Dominicana, Cuba y México. Por su parte, la investigadora apunta que Pedro Henríquez Ureña:

[...] leyó *Ariel* en Santo Domingo durante 1900, que fue el año decisivo en la formación de su gusto literario. La lectura ocurrió en la casa de las hermanas Feltz, especie de Salón Goncourt en la República Dominicana, cuando el padre de Pedro Henríquez Ureña era ministro de Relaciones Exteriores y se creía que la era de los tiranos incultos había acabado. *Ariel* les hizo gustar a estos lectores el nuevo estilo castellano, mientras que la lectura, ahora en español, de William Shakespeare y la iniciación en la poesía de Gabriel D’Annunzio, leída en francés, les advertía sobre la perdurabilidad de los clásicos. (Quintanilla, 2002: 647-648)

Si la lectura de Rodó fue casi inmediata, los hermanos Henríquez Ureña, años adelante, durante su estancia en Cuba, también promovieron en este país una edición del libro (cf. García Morales, 1992: 122; Quintanilla, 2002: 648; Cesana, 2019: 54-59). Esto demuestra un interés que no mengua sobre la obra rodoniana en el ámbito hispanoamericano. Lo cual se ve reforzado con la publicación del primer libro del mayor de ellos, *Ensayos críticos*, publicado también en la isla, y que incluye un ensayo sobre *Ariel*, donde el dominicano sincretiza su lectura y opinión. Este libro sirvió como carta de presentación a su arribo a México.

El 7 de enero de 1906 comenzó la incursión de Pedro Henríquez Ureña por el suelo mexicano. Cuatro meses estuvo en Veracruz, antes de partir para la Ciudad de México, donde enseguida ingresó en las filas de *El Imparcial*, en el que conoció a dos figuras centrales de la literatura mexicana: Carlos Díaz Dufoo y Luis G. Urbina —que otrora estuvieran timoneando la *Revista Azul* de Manuel Gutiérrez Nájera—, sólo para después conocer a los colaboradores de *Revista Moderna de México*, en casa de Jesús E. Valenzuela, y a algunos de los jóvenes que ahí se arremolinaban y estaban lanzando su propia empresa llamada *Savia Moderna*, y con quienes encontró, por fin, cierta afinidad intelectual (Roggiano, 1989: 33-34).

Ahora, si bien es cierto que los Henríquez Ureña promovieron y fomentaron la lectura de *Ariel* en el ámbito mexicano, también lo es que el libro del uruguayo tenía lectores antes del arribo de los dominicanos. Lo que resulta indiscutible es que, para algunos de los más jóvenes de la pléyade de protoateneístas, la figura de Pedro Henríquez Ureña sirvió de impulso —ya fuera por la novedad de su presencia o por el prestigio que ya había logrado— para que el grupo reunido en torno a *Savia Moderna* se cohesionara: una pléyade de escritores que desde los primeros años del siglo se fue formando en torno a figuras como Alfonso Cravioto, Luis Castillo Ledón y Manuel de la Parra y la relación que éstos mantenían con el grupo que se arremolinaba en torno a la *Revista Moderna*.⁵

5 Sobre el proceso de agrupación en los primeros años y el papel que desempeñaron estas tres figuras, me ocupó en dos trabajos recientes: “Los cuentos de un poeta. Manuel de la

Francisco García Cisneros, en octubre de 1906, hace una reseña del primer libro de Pedro Henríquez Ureña en *El Contemporáneo*, donde se desborda en elogios para el trabajo del dominicano y llega, incluso, a afirmar que “Henríquez es, después de José Enrique Rodó, el más agudo, el más genial y el más compacto crítico hispano-americano” (3). García Cisneros encuentra en *Estudios críticos* una propuesta tan necesaria como exquisita en su manera de exponer los argumentos críticos. Sobre *Ariel*, especifica:

Henríquez rinde homenaje al Maestro Niño, al Próspero mancebo, al que en *Ariel* predicó a la juventud de esa fogosa América un culto por la serenidad intelectual, y una religión por la tranquilidad de conciencia; temeroso de la potencia positiva y comercial que según el joven maestro uruguayo —José Enrique Rodó— avanzaba el pico burgués y democrático sobre la sensibilidad exquisita de nuestro espíritu castellano; temores que hace años, yo traté de desvanecer y que hoy mi amable amigo convence con su rica erudición y su elocuente manera de hacer brillar el astro que más resplandece en su estilo: La verdad. [...]

Se cumplió mi profecía: cuando en una noche ya muy lejana, a través del utilitarismo de la noción nórdica caminamos en una próxima fraternidad intelectual, yo le auguré el momento, cuando un cerebro sano, su espíritu culto y su ojo de psicólogo se impusieran en el habla española, como los de un joven lleno de talento, de erudición y de verdad. (3)

Esta manera de ungir a Henríquez Ureña como el portador del arielismo no pudo sino consolidar su papel dentro del grupo ateneísta. Dicho lugar resultó notable entrando el año de 1907, cuando se tomaba como una especie de Próspero, o, por lo menos, así lo percibe la investigadora Susana Quintanilla:

Pedro Henríquez Ureña aún no había desarrollado del todo su teoría de la obra intelectual como producto de un pequeño grupo que vive en alta tensión, que se ve todos los días por horas y trabaja en todo activamente. Sin embargo, su

Parra en *Savia Moderna*” (2019) y “Directores que emigran: Luis Castillo Ledón y Alfonso Cravioto” (2020).

naturaleza afable, su vocación magisterial y sus intereses particulares hicieron que desde sus primeros días en México buscara el trato íntimo con los demás. “Vivía entre sus discípulos [es necesario confesarlo] en un mundo de pasión”. No era varón de muchas palabras, aunque sí de veredictos y de ejemplo. Pertenecía al género de maestros que, según Jorge Luis Borges, no sólo exponían la ley, sino que eran la ley. Julio Torri recordaría que estar incluido en una de sus temidas “listas” y haber obtenido su aprobación era como tener la celebridad en el bolsillo. Hacía comentarios incisivos, no siempre inteligentes ni justos, acerca de todo y de todos. En lo peor de sí mismo, lanzaba golpes bajos que percutían en las canchas literarias de la capital del país. “Cerca de sí no había sino devotos y maldicientes”. (Quintanilla, 2002: 651-652)⁶

El papel del dominicano es central en el fomento de la lectura que se hace de *Ariel* en México. García Morales considera su papel decisivo para la edición que los jóvenes hicieron del libro en 1908. No obstante, reitero que el impacto de *Ariel* en el mundo hispánico, sobre todo en la pléyade de escritores que despuntaba en los albores del siglo, se debe a la tesitura misma de la época. Ejemplo de ello es el artículo que reproduce *El Contemporáneo* de una revista madrileña titulada *Ambos Mundos*, poco antes de la edición patrocinada por el gobernador de Nuevo León. Reproduzco este texto en su mayoría para mostrar los matices de una visión que se hermana con la del mundo latinoamericano, y para enfatizar la amplitud de la red intelectual que giraba en torno a la figura de Rodó:

6 Por otro lado, personajes como José Juan Tablada encontraron este reconocimiento un tanto injustificado, como se puede apreciar en sus memorias, cuando hace referencia indirecta al dominicano: “¡Luego habrían de llegar aquellos trashumantes rastacueros de las letras [...] que predicaron la estricta imitación de Walter Pater olvidando sus aberraciones íntimas y que procedentes de oscuras regiones antillanas y contiguas a los dominios del general Manigato y del Duque de la Mermelada, intentaron catequizar espiritualmente a la patria de Nezahualcóyotl, de sor Juan Inés y de Ramón López Velarde” (2014: 106-107). Aunque la cita se refiere a Pater, hay que tener en cuenta que Tablada fue de los primeros en acercarse a la obra rodoniana (*vid.* nota 3).

Gran complacencia muestra el público con esta serie de trabajos, en los que paulatinamente vamos dando a conocer los nombres más notables en las manifestaciones del espíritu humano pertenecientes a España y a las Repúblicas hispanoamericanas.

Han pasado ya aquellos dolorosos tiempos en que españoles y americanos vivíamos desviados unos de otros, como si nada común hubiese.

Hoy, por fortuna, comienzan unos y otros pueblos de idéntica raza hispánica a considerarse como hermanos para bien de todos.

A esta creación de nuevos y recíprocos vínculos han contribuido, en primer término, el elemento intelectual y político libres de las rancias preocupaciones que aún privan en las bajas clases populares, recelosas y esquivas, del continente americano.

Nuestra juventud intelectual es conocidísima ya en aquellas progresistas Repúblicas, mientras que aquí gozan carta de naturaleza los americanos Díaz Rodríguez, César Dominisi, Luis Berisso, Nervo y otros muchos, sin contar al más admirable de todos por sus excepcionales condiciones de erudición y talento, al gran crítico y literato de forma irreprochable, en fin, a José Enrique Rodó, autor de un libro que, si por su volumen apenas pasa de un folleto, por su contenido puede servir, no ya como algunos han dicho, de Biblia a la juventud americana, sino a la juventud universal, que le traza el camino que debe seguir para no caer ni en idealismos ilógicos sin realización en la vida, ni en la brutal exaltación de la fuerza como han hecho los pueblos de sajona estirpe.

No queremos omitir el título de ese hermoso libro que merece ser conocido en todo el mundo, *Ariel*. (“Sr. Ingeniero José M. Espinosa y Cuevas. México”, 24 de enero 1908: 2)

Poco tiempo después, el mismo periódico potosino publica un artículo titulado “Ideal de la civilización de América”, donde se hace una síntesis del pensamiento rodoniano en *Ariel*. El subtítulo del mismo es claro: “El eminente escritor uruguayo José Enrique Rodó opina que deber ser eléctrica nuestra civilización”, y se encuentra en sintonía con las últimas líneas del texto:

[...] es innegable que la democracia y la ciencia son y deben ser los grandes factores de la civilización moderna; hay que “educar” la democracia, haciendo concebir a las masas la noción de las superioridades verdaderas. La selección es una necesidad de progreso. Puesto al alcance de todos el desarrollo de la

inteligencia, habrá que cultivar el sentido de la emulación, demostrando que los más aptos y los mejores, deben obtener el premio de la preponderancia. Así mismo “los mejores” deben saber que esa preponderancia les ha sido concedida para hacer el bien de los demás, que esa superioridad moral debe ser también superior capacidad de amar! (25 de abril de 1908: 1)

Ahora bien, la edición de *Ariel* de 1908 cuenta con una tirada de 500 ejemplares. Ésta se imprimió en Monterrey,⁷ gracias al patrocinio del entonces gobernador del estado Bernardo Reyes, padre de ese otro espíritu inquieto, Alfonso Reyes, quien hizo mancuerna con el dominicano desde los albores de su estancia en México. García Morales incluye en su libro una “Nota de la edición mexicana”, la cual “consta de una parte general en la que se informa de la personalidad de Rodó, cuándo se publicó *Ariel*, su éxito y difusión en España y América; y una segunda parte, en la que conviene especialmente reparar, sobre los motivos de la edición” (García Morales, 1992: 123), y de la que vale la pena reproducir aquí por lo menos el último párrafo que el investigador español no duda en atribuir a la pluma del dominicano:

Al dar a conocer a ariel en México, donde hasta ahora sólo habían llegado ecos de su influencia, creemos hacer un servicio a la juventud mexicana. No pretendemos afirmar que Rodó ofrezca la única ni la más perfecta enseñanza que a la juventud conviene. En el terreno filosófico, podrán muchos discutirle; en el campo de la psicología social, podrán pedirle una concepción más profunda de la vida griega y una visión más amplia del espíritu norte-americano; pero nadie podrá negar, ni la virtud esencial de sus doctrinas, que en lo fundamental se ciñen a las más excelsas de los espíritus superiores de la humanidad, ni

7 Se imprime en los Talleres Modernos de Lozano, Monterrey, México, 1908. En una carta, Pedro Henríquez Ureña pregunta a Reyes: “¿Qué hay del *Ariel*? No olvides enviarnos un ejemplar especial con tu firma para firmarlo todos *Nosotros* y enviárselo a Rodó”. A lo que el norteño le responde: “Yo no quiero escribirle sino cuando pueda darle una buena noticia. Se me había pasado decirte que *Ariel* va atrasadísimo, pero que ya me ocupo yo de él, y yo soy *muy activo*. Saldrá elegante” (Reyes y Henríquez Ureña, 1986: 58 y 60, cursivas del original).

la enérgica virtud del estímulo y persuasión de su prédica, ni, en suma, que ariel sea la más poderosa inspiración de ideal y esfuerzo dirigida a la juventud de nuestra América en los tiempos que corren. (García Morales, 1992: 124)

Esta nueva edición, promovida por los jóvenes que ya se habían zanjado camino en la vida cultural mexicana, propició un renovado (para aquellos que lo siguieron desde sus inicios) o nuevo entusiasmo por el discurso de Rodó. Sin embargo, es significativa la nota titulada “Bibliografía”, que *El Tiempo*. *Diario Católico* publicó el 13 de noviembre de 1908:

ariel., por José Enrique Rodó.— Monterrey. Talleres modernos de Lozano.— Esta obra del ya notable catedrático de la Universidad de Montevideo, que mandó a reproducir el Gobernador de Nuevo León, para la juventud mexicana, es un discurso sobre la educación estética más brillante que profundo. Tiene algunas ideas merecedoras de ser tomadas en consideración, pero no es su menor defecto la ignorancia que el autor manifiesta del verdadero espíritu del cristianismo, al cual, por lo mismo que no lo conoce, denigra y hostiliza. Creemos fundamentalmente, que en Europa y América han dado a *Ariel* más importancia de la que merece. (1)

En su brevedad, la nota, por un lado, muestra que el impacto de *Ariel* ya era contundente incluso antes de la edición mexicana de 1908; por otro, que había una facción intelectual —por lo menos, del grupo conservador que se alineaba con la ideología de *El Tiempo*— a la que la influencia del opúsculo rodoniano le resultaba incómoda, por decir lo menos.

No cabe duda de que la edición de Monterrey ayudó a que las ideas rodonianas tomaran un nuevo auge en los círculos intelectuales. Por eso no es de extrañar que las menciones del uruguayo y su obra tuvieran un aumento significativo en diferentes espacios impresos durante esos años y más adelante. Una guía sobre las menciones del uruguayo la aporta Raffaele Cesana, que ha hecho un estudio sobre la presencia de Rodó en *Revista Moderna de México*, tal vez el espacio de más importancia en el mundo cultural de ese tiempo. Este artículo resulta imprescindible para los estudios rodonianos, pues refleja que dicha presencia se encuentra constante en ese espacio incluso antes de las ediciones mexicanas de *Ariel*. Apunta el investigador:

[...] entender a Rodó significa observar esas *estrellas* que el ensayista uruguayo, quizás como ningún otro intelectual del novecientos hispanoamericano, supo sembrar a través de su magisterio; en otras palabras, es el estudio de la recepción rodoniana lo que nos permite evidenciar la naturaleza específica de su prosa de ideas y comprender ese *quid* axiológico, esa intención educadora que Rodó concibió como elemento consustancial de la literatura.

El papel de la *Revista Moderna* y de su continuadora la *Revista Moderna de México*, en la interpretación de la recepción de Rodó en el ámbito mexicano es medular; en particular, con referencia al periodo de 1895-1917. (Cesana, 2018: 66-67)

Por la relevancia de la investigación de Cesana, aquí sólo agregó algunas referencias mínimas no registradas por el estudioso, y publicadas durante el periodo que hemos tratado. Además, añado algunas entradas de otros medios que dan cuenta, de manera más puntual, de la presencia del uruguayo en la prensa mexicana. Este acercamiento sólo abona a lo que otros ya han perfilado sobre la importancia de Rodó durante la primera década del siglo xx.

Por ejemplo, cuando Eugenio Díaz Romero diserta sobre “Un nuevo libro de Rubén Darío”, no falta la referencia explícita al acercamiento que, hacia finales del siglo, hizo el autor uruguayo, tomándolo, a menos de diez años, como una figura de autoridad en el tema: “Creo, sin embargo, que no es la poesía heroica la que mejor conviene a su temperamento. Ya el penetrante crítico montevideano, José Enrique Rodó, reprochóle cierto día, en un estudio erudito y espléndido de su obra poética, haber hecho servir a su musa, la plebeya actitud de un cantor democrático”, y sigue el crítico: “Comparto dicho juicio, sobre todo, por tratarse de una artista aristocrático en extremo. Darío, como el personaje de un soneto de Mallarmé, no debería ser sino un ‘pastor de sonrisas’” (Díaz Romero, 1 de octubre de 1905: 112). Entrada significativa porque la relación del uruguayo con los poetas encumbrados del momento no es extraña para los críticos literarios; la visión del primero se encontraba ya como una pauta de lectura que se seguía y con la que se acordaba. Años más tarde, Ricardo Rojas, también en *Revista Moderna de México*, utiliza el estudio del uruguayo para hacer un acercamiento pormenorizado a la obra de Darío (mayo de 1908: 173). Del mismo modo, Rafael López se acerca a los ensayos rodonianos para hablar del poeta peruano José Santos Chocano:

‘Alma América’ marca un rumbo bien definido a la poesía americana, dice el eminente D. José Enrique Rodó, y creemos que es este el mejor homenaje que pueda ofrecérsele a Chocano [...] El poeta del Perú, lleva en la frente la gloria de un laurel cortado por panida Daría; más resaltará su trazo de lanza sobre la hoja de encima que le enviamos. (1 de agosto de 1906: 394).

Sin embargo, el trabajo de la crítica pronto dejó de enfocarse en la obra rodoniana para hablar de terceros, como Chocano y Darío, sino que la hizo objeto de sus propias reflexiones, como el caso de Tito V. Lisoni:

[...] que aún no ha cumplido los treinta años, ha publicado los poemas *Ángel Caído*, *Italia* y *El Cristo*, y obtenido lauros en concursos importantes; ha publicado también algunos folletos sobre temas políticos y jurídicos, y dado algunas conferencias, entre las cuales se cita con elogio la consagrada al *Ariel*, del pensador uruguayo José Enrique Rodó. (“Tito V. Lisoni”, 1 de julio de 1907: 304).

Tal vez por eso tampoco es de extrañar que Porfirio Parra, director de la Escuela Nacional Preparatoria, después de la apoteosis a cargo de los jóvenes, aprovechara el momento para sacar una edición de *Ariel*. El auge de la publicación de la edición de Monterrey y el incremento de la popularidad del uruguayo en México le sirvieron a Parra para emplear el discurso rodoniano y emparejarlo con una visión similar a la de su maestro y guía, Justo Sierra, que rezaba: “el ideal de la educación nacional no podía satisfacerse con la sola instrucción científica, sin desarrollar a un tiempo las facultades morales y estéticas de los jóvenes” (García Morales, 1992: 126). Sobre ello, se pueden consultar las cartas intercambiadas entre el director de la Preparatoria y el uruguayo,⁸ donde la visión de Parra es clara:

8 Las cartas intercambiadas entre Rodó y Parra en enero de 1909 respecto a esta publicación se pueden consultar en la Hemeroteca Digital de México (*Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria*, t. 1, núms. 5-6, enero-febrero de 1909, pp. 129-131; también las reproduce García Morales, 1992: 127-129).

[...] se ha roto abiertamente con las tradiciones docentes que nos legó el pasado y se ha intentado, de una manera franca y resulta, dar a la juventud una educación emancipada de toda preocupación teológica o metafísica y basada únicamente en las ciencias, manantial inagotable de verdad, modelo incomparable de método, y solemne y continuado acto de culto que el hombre tribuna a la Naturaleza investigando sus inmutables leyes.

Aunque la educación que se imparte en la Escuela Nacional Preparatoria se funda en la ciencia, sólo mira a ésta como motivo de ejercicio intelectual que se desenvuelve por maravilloso modo las facultades discursivas del hombre.

Tampoco se propone la Escuela Nacional Preparatoria desenvolver sólo el intelecto, trocando a los jóvenes en máquinas de discurrir; quiere, sobre todo, desenvolver las facultades morales de los educandos y la parte estética de la inteligencia, a fin de que los espíritus juveniles cultiven un ideal amplio, generoso y apoyado además en cimientos reales. (Parra *apud* García Morales, 1992: 127-128)

Martínez Carrizales reconoce que esta nueva forma de educación implica una suerte de redención respecto a la del régimen que se encontraba por terminar: “la ideología redentora de ese programa pedagógico suponía la formación de un *hombre nuevo*, piedra de toque de una nueva sociedad” (2018: 34). La relevancia de las ediciones de *Ariel* promovidas, respectivamente, por Henríquez Ureña y Reyes, y por Parra (desde la Escuela Nacional Preparatoria), son ejemplo indiscutible de que el uruguayo había planteado una serie de ideas que calarían hondo en el espíritu juvenil mexicano, y que procurarían perpetuarse a partir de uno de los órganos educativos más significativos —del que pronto, en la segunda década del siglo xx, los ateneístas tomarían las riendas.

Sin embargo, Martínez Carrizales es puntual cuando afirma que la obra rodoniana no vino a cambiar la educación en México, sino que su orientación, de corte idealista, más bien se instaló con naturalidad en las aulas, donde *Ariel* se llegó a leer en voz alta. El informe del subdirector J. Mancilla del Río, escrito en marzo de 1909, da cuenta, otra vez, de la importancia de esta edición promovida por la Escuela Nacional Preparatoria: “Atenta y cuidadosa esa Dirección de su merecido cargo, de todo lo que significa el desenvolvimiento de las facultades morales de los educandos, comisionó al C. Profesor Luis G. Urbina para que leyese en el Salón de Actos y en presencia de los alumnos, el hermoso folleto ‘Ariel’ del eminente escritor uruguayo José Enrique Rodó,

habiendo tenido lugar los días 7 y 13 de agosto, y 9 y 21 de octubre” (1909: 203-204). Apunta Martínez Carrizales: “La Escuela era entonces, por voluntad y convencimiento intelectual de sus dirigentes, recinto del entendimiento y del hombre pleno que, convertido en ciudadano, serviría naturalmente a los intereses colectivos de la república” (2010: 61).

Los acercamientos que Leonardo Martínez Carrizales ha hecho a este tema son fundamentales para comprender que, bajo un hecho tan aparentemente sencillo, se encontraban en juego complejidades que, muchas veces, parecen desapercibidas (*cf.* Martínez Carrizales, 2010; 2018). La lectura de *Ariel* para los jóvenes que en octubre de 1909 se consolidaron como grupo fue fundamental, pues ahí convergieron varias de las ideas que retomaron e implementaron en las décadas posteriores a esa primera que antecedió a la Revolución mexicana. Dichas ideas se complementaron en los años subsecuentes a las ediciones mexicanas de *Ariel* con otros textos rodonianos, como *Los motivos de Proteo* —obra publicada en partes en la *Revista Moderna de México*, que, para ese entonces, ya había sido tomada por los jóvenes del Ateneo—. Hay que mencionar que una foto de Rodó se publicó justo después de que éstos se consolidaran como grupo con la leyenda “Autor de los ‘Motivos de Proteo’, libro recientemente aparecido en la América, y que la ‘Revista Moderna’ viene dando a conocer entre nosotros con verdadero afán admirativo y entusiástico”. La fotografía lleva la siguiente dedicatoria: “Afectuoso recuerdo de José Enrique Rodó. Montevideo, 18 de agosto de 1909 (Rodó, 1 de diciembre de 1909).

CONCLUSIONES

A primera vista, la recepción de *Ariel* en México parece no ser ni profusa ni relevante; sin embargo, un estudio pormenorizado de las fuentes hemerográficas evidencia que hay una presencia constante y significativa en distintos medios mexicanos a principios del siglo xx. Hasta hace poco tiempo se han rescatado las referencias de su impacto, pero no se puede negar que la concepción arielista, aunada a la renovación, lenta pero constante, de la ideología en los espacios educativos, va a la par de las estrategias que los jóvenes *savios* desplegaron con la finalidad de insertarse como elementos con la autoridad para dirigir la conciencia y la cultura mexicanas. Los comentarios que aquí desarrollo dan cuenta sólo de una faceta sobre el impacto de la obra rodoniana, pues me limito a la lectura que los jóvenes hicieron de ese tercer opúsculo del

uruguayo. Bajo la batuta de Pedro Henríquez Ureña y algunos intelectuales extranjeros, como Rafael Altamira, y mexicanos, como Porfirio Parra, la lectura de *Ariel* se tornó una preceptiva ideológica para ese grupo que se formaba en los albores del siglo xx mexicano.

Esa primera década también fue testigo de una reformulación de la educación nacional, que se venía fraguando desde lustros atrás, con visionarios como Porfirio Parra y los profesores liberales que deambulaban por las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria. A la par de esta renovación, los jóvenes escritores que empezaron a despuntar en los primeros años de esa década fueron incorporándose al campo cultural de una manera rápida y contundente. Las estrategias que emplearon para “colocarse” son palpables en el periodo que va de 1906 al 28 de octubre de 1909, cuando se constituyen formalmente como el grupo del Ateneo de la Juventud: la fundación de *Savia Moderna* como un espacio germinal que buscaba dar a conocer una voz propia y distanciada, sobre todo moralmente, de algunas de las actitudes decadentistas; las reuniones en los espacios privados, celebradas para fomentar el intelecto y la fraternidad; la protesta pública contra Manuel Caballero en 1907; la toma de un espacio como la *Revista Moderna de México*,⁹ y la Sociedad de Conferencias.

Estos encuentros y espacios son relevantes, pues,

[...] además de las aulas, el poder adquirido para normar la propia conducta puede fortalecerse si el joven frecuenta medios favorables como la familia, las tertulias celebradas entre camaradas que comparten el mismo fin... [...] Menester es buscar la sociedad de seres superiores, visitar a los maestros, tenerlos al corriente de sus trabajos, de sus esperanzas, de sus cuitas y escoger entre ellos uno como director de conciencia. Es preciso reemplazar la taberna, el café, el billar por las visitas a los museos, los paseos campestres, las tertulias en casa con uno o dos amigos de espíritu sólido y elevado. (Payot *apud* Martínez Carrizales, 2018: 40)

9 En “La toma de un espacio. *La Revista Moderna de México* y los ateneístas” (2017), hago una aproximación a los pormenores que fueron indispensables para que el grupo se hiciera cargo de la revista más relevante en los albores del siglo xx.

En esos primeros años de la centuria, no cabe duda de que la juventud se siente identificada con la visión de José Enrique Rodó; sobre todo, porque les da unción para fungir como guías espirituales en el proceso de renovación latinoamericana; es decir, los valida como intelectuales. Una validación que da tanto de manera individual como colectiva; por ejemplo, cuando *El Mundo Ilustrado* escribe con tinta de vaticinio que El Ateneo de la Juventud

[...] viene a llenar en nuestro país una nobilísima función intelectual y social. Reconocida su amplitud de miras y el vasto criterio que le anima, se acogerán a su seno todos los artistas y hombres de ciencia que constituyen hoy día la juventud culta y que mañana serán poderoso elemento director, sin distinción de credos e ideas. Un alto sentimiento de fraternidad unirá a escritores y poetas de las más diversas tendencias, a sociólogos y filósofos, sin otro fin que el de luchar valientemente por la realización de la obra común, que redundará en bien de la patria y de la raza. (“El Ateneo de la Juventud”, 14 de noviembre de 1909: 18)

La visión arielista permitió marcar distancia entre los intelectuales y las multitudes, así como distanciarse moralmente de una forma de concebir la cultura y la literatura que predominaba hacia finales del siglo XIX. El estudio, la preparación intelectual, el gusto y la moral fueron los nuevos ejes sobre los que el escritor iba a desarrollar su discurso, pero, sobre todo, con los cuales pretendía, en el sentido arielista, tomar las riendas de las instituciones de un país que apenas entraba en el conflicto armado. No obstante, siguiendo a García Morales: “Ariel no fue, no pudo ser para ellos una obra original, inobjetable y definitiva, sino un símbolo: la expresión americana del renacimiento idealista contemporáneo; la representación y la justificación de la vida intelectual a que aspiraban” (García Morales, 1992: 122). Renovación que, a fin de cuentas, resultó de una mezcla estudiada de corrientes de pensamiento, estrategias grupales y una comprensión de la temperatura social en la que se encontraban insertos. Sin embargo, ahí, en ese laboratorio de ideas donde se reconfiguró la imagen del intelectual, no cabe duda de que *Ariel* tuvo un papel paradigmático.

BIBLIOGRAFÍA

- Abellán García-González, José Luis (1989), “Filosofía de la institución Libre de Enseñanza: el krauso-positivismo”, en José Antonio Ferrer Benimeli (coord.), *Masonería, política y sociedad*, Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, vol. I, pp. 405-418.
- Altamira, Rafael (abril de 1901), “Latinos y anglosajones”, *Revista Positiva, Científica, Filosófica, Social y Política*, tomo 1, núm. 4, pp. 138-144.
- Altamira, Rafael (25 de noviembre de 1897), “De Rafael Altamira”, *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, año III, tomo 3, núm. 60, p. 179.
- Arreguine, Víctor (1900), *En qué consiste la superioridad de los latinos sobre los anglosajones*, Buenos Aires, La Enseñanza Argentina.
- “Bibliografía” (13 de noviembre 1908), *El Tiempo. Diario Católico*, año XXVI, núm. 8415, p. 1.
- Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria* (enero-febrero de 1909), tomo 1, núm. 5-6, pp. 129-131.
- Bonfiglio, Florencia (2011), “Los principios hispanoamericanos: la crítica de José Enrique Rodó y la literatura peninsular”, en Federico Gerhardt (ed.), *Diálogos transatlánticos. Memoria del II Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas*, La Plata, Mercado Editorial, vol. I, pp. 1-11.
- Carreras, Fernán Gustavo (2006), “La afirmación del nosotros y la formación estética en el *Ariel* de José Enrique Rodó”, *Diálogos*, vol. X, núm. 1, pp. 43-53.
- Cesana, Raffaele (2019), “El papel de los Henríquez Ureña en la difusión de *Ariel* en República Dominicana, Cuba y México (1901-1908)”, *Revista Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, núm. 69, pp. 43-69.
- Cesana, Raffaele (2018), “José Enrique Rodó en la *Revista Moderna de México*”, *Revista Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, núm. 66, pp. 69-90.
- Cesana, Raffaele (2016), *José Enrique Rodó en México*, tesis de doctorado en Letras, México, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Curiel, Fernando (2000), “Prólogo”, en José Enrique Rodó, *Ariel*, México, Factoría Ediciones, pp. IX-XXXI, La Serpiente Emplumada 19.

- Devés-Valdéz, Eduardo (2007), *Redes intelectuales en América Latina: hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago de Chile, Universidad de Santiago de Chile.
- Díaz Romero, Eugenio (1 de octubre de 1905), “Un nuevo libro de Rubén Darío”, *Revista Moderna de México*, tomo 4, núm. 26, pp. 109-113.
- “El Ateneo de la Juventud” (14 de noviembre de 1909), *El Mundo Ilustrado*, s.n., p. 18.
- Espejo, Beatriz (2009), “Nota introductoria”, en Carlos Díaz Dufoo Jr., *Material de lectura*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 3-7.
- [Fotografía de José Enrique Rodó] (1 diciembre de 1909), *Revista Moderna de México*, tomo 12, núm. 76, p. 254.
- Hernández Luna, Juan (2000), “Prólogo”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 7-23.
- “Ideal de la civilización de América” (25 de abril de 1908), *El Contemporáneo*, tomo 15, núm. 2852, p. 1.
- König, Irmtrud (2008), “Apuntes para una comparatística en Latinoamérica. El simbolismo de Ariel y Calibán en Rodó”, *Atenea*, núm. 498, segundo semestre, pp. 75-95.
- López, Rafael (1 de agosto de 1906), “Libros nuevos”, *Revista Moderna de México*, tomo 4, núm. 36, pp. 392-395.
- Mancilla del Río, J. (1 de mayo de 1909), “Informe del subdirector”, *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria*, tomo 1, núm. 9, pp. 201-205.
- Martínez Carrizales, Leonardo (2018) “La pedagogía de las emociones. Jules Payot y José Enrique Rodó en la Escuela Nacional Preparatoria de México”, *Mitologías Hoy. Revista de Pensamiento. Crítica y Estudios Literarios Latinoamericanos*, vol. XVIII, pp. 29-53.
- Martínez Carrizales, Leonardo (2010), “La presencia de José Enrique Rodó en las vísperas de la Revolución mexicana”, *Literatura Mexicana*, vol. XXI, núm. 2, pp. 51-73.
- “Notas bibliográficas” (1900), *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año iv, núm. 6, segunda quincena de marzo, pp. 101-102.
- “Obras recibidas. Librería Andrés Botas” (8 de enero de 1909), *El Diario. Periódico Nacional Independiente*, vol. vi, núm. 817, p. 5.

- Pita González, Alexandra (2017), “Fronteras simbólicas y redes intelectuales. Una propuesta”, *Historia y Espacio*, vol. 13, núm. 49, agosto-diciembre, pp. 39-62.
- Pita González, Alexandra (comp.) (2016), “Introducción”, *Redes intelectuales transnacionales en América Latina durante la entreguerra*, México, Universidad de Colima / Miguel Ángel Porrúa, pp. 5-24.
- Quintanilla, Susana (2002), “Dionisio en México o cómo leyeron nuestros clásicos a los clásicos griegos”, *Historia Mexicana*, vol. LI, núm. 3, enero-marzo, pp. 619-663.
- Reyes, Alfonso y Pedro Henríquez Ureña (1986), *Correspondencia 1907-1914*, edición de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica.
- “Rodó el moralista idóneo de la filosofía” (24 de agosto de 1910), *El Diario. Periódico Nacional Independiente*, vol. VI, núm. 1387, p. 4.
- Rodó, José Enrique y Roberto Fernández Retamar (1982), *Ariel/Calibán: apuntes sobre la cultura en nuestra América*, pról. de Abelardo Villegas, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Secretaría de Educación Pública.
- Rodó, José Enrique (1908), *Ariel*, Monterrey, México, Talleres Modernos de Lozano.
- Rodó, José Enrique (21 de julio de 1904), “La independencia en el arte”, *La Patria. Diario de México*, año XXIX, núm. 8581, p. 1.
- Rodó, José Enrique (1900), *Ariel*, pról. de Leopoldo Alas “Clarín”, Montevideo, Imprenta de Dornaleche y Reyes.
- Rodó, José Enrique (20 de febrero de 1898), “El que vendrá”, *Revista Latino-Americana*, año XIV, núm. 35, pp. 4-5.
- Roggiano, Alfredo A. (1989), *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rojas Garcidueñas, José (1979), *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.
- Rojas, Ricardo (mayo de 1908), “Un poeta sud-americano”, *Revista Moderna de México*, t. IX, núm. 57, pp. 164-173.
- Rosado, Juan Antonio (2005), “Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán: vidas paralelas”, *La Experiencia Literaria. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, núms. 12-13, pp. 209-234.

- Salado Álvarez, Victoriano (1902), “Papel de la poesía en el periodo industrial”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, México, año v, núm. 11, 1ra. quincena de junio, pp.167-162.
- Sánchez Pineda (2020), “Directores que emigran: Luis Castillo Ledón y Alfonso Cravioto”, *Palimpsesto*, vol. 10, núm. 17, enero-junio, pp. 1-23.
- Sánchez Pineda (2019), “Los cuentos de un poeta. Manuel de la Parra en *Savia Moderna*”, *La palabra y los días. Ensayos sobre prensa y literatura mexicanas del siglo XX*, México, Universidad de Guanajuato, pp. 11-39.
- Sánchez Pineda (2018), *Prolegómenos al Ateneo de la Juventud y la figura del intelectual moderno (1900-1909)*, tesis de doctorado en Literatura Hispánica, México, El Colegio de San Luis.
- Sánchez Pineda, Ernesto (2017), “La toma de un espacio. *La Revista Moderna de México* y los ateneístas”, en Marco Antonio Chavarín González e Yliana Rodríguez González (Coords.), *Literatura y prensa periódica mexicana. Siglos XIX y XX. Afinidades, simpatías, complicidades*, México, El Colegio de San Luis, pp. 239-258.
- Sánchez Pineda, Ernesto (2014), “*La Revista Azul* contra los modernistas. La segunda vuelta”, Claudia López Pedroza y Juan Pascual Gay (eds.), *Literatura y prensa periódica. Historias de una intimidad*, México, El Colegio de San Luis, pp. 99-115.
- “Sr. Ingeniero José M. Espinosa y Cuevas. México” (24 de enero 1908), *El Contemporáneo*, tomo 14, núm. 2780, p. 2.
- Tablada, José Juan (2014), *Obras x. Las sombras largas. Memorias II*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 106-107
- Tablada, José Juan (1899), “Notas Literarias y Artísticas”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año II, núm. 5, mayo, p. 160.
- “Tito V. Lisoni”, (1 de julio de 1907), *Revista Moderna de México*, tomo 7, núm. 47, julio, p. 304.
- “Un nuevo libro de José Enrique Rodó” (17 de junio de 1912), *El Imparcial. Diario Ilustrado de la Mañana*, t. xxxii, núm. 6651, p. 6.
- Unamuno, Miguel de (1905), “Literatura Hispano-americana”, *Revista Moderna de México*, tomo 4, núm. 28, diciembre, pp. 220-221.
- Villegas, Abelardo (1982), “Prólogo”, en José Enrique Rodó y Roberto Fernández Retamar, *Ariel/Calibán: apuntes sobre la cultura en nuestra América*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Secretaría de Educación Pública.

Zea, Leopoldo (2002), “Ariel, un siglo después”, en Leopoldo Zea y Hernán Taboada (coords.), *Arielismo y globalización*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia / Universidad Nacional Autónoma de México / Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos / Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura / Fondo de Cultura Económica, pp. 5-11.

ERNESTO SÁNCHEZ PINEDA: es licenciado en Letras Españolas por la Universidad de Guanajuato, maestro en Literatura Hispanoamericana por el Colegio de San Luis y doctor en Literatura Hispánica por el programa de estudios literarios de esta última institución. Actualmente lleva a cabo una estancia posdoctoral en la Universidad de Guanajuato y se desempeña como profesor por asignatura en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (sni-c). Sus últimos libros académicos son: *Torri* (Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2019), *La sonrisa fragmentada. Afinidades literarias entre Julio Torri y Carlos Díaz Dufoo Jr.* (San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2019); *La palabra y los días. Ensayos sobre prensa y literatura mexicanas del siglo xx*, Anuar Jalife y Ernesto Sánchez (coords.) (Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2019). Sus últimos artículos y capítulos de libro son: “Los cuentos de un poeta. Manuel de la Parra en *Savia Moderna*”, en *La palabra y los días* (Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2019); “Directrices para la construcción del intelectual moderno en México”, *Siglo Diecinueve* (vol. xxv, pp. 149-178); “La memoria como configuración de mundo en *El reino de Celama*, de Luis Mateo Díez”, *Valenciana. Estudios de Filosofía y Letras* (nueva época, año 11, núm. 22, julio-diciembre, 2018); “Las correrías de Jesús Urueta en la primera década del siglo xx”, *Interpretextos* (año xi, núm. 19, 2018); “La toma de un espacio. *La Revista Moderna de México* y los ateneístas”, en *Literatura y prensa periódica mexicana. Siglos XIX y XX. Afinidades, simpatías, complicidades* (San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2017) y “Mariano Silva y Aceves y las revistas literarias”, en *Escritura en movimiento. Autores mexicanos ante la crítica textual* (San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2016).

D. R. © Ernesto Sánchez Pineda, Ciudad de México, enero-junio, 2020.